

FUNDAMENTOS DE LA ALTERIDAD EN MIJAIL BAJTÍN

Sergio Daniel Quintana¹

Introducción

Hasta la actualidad no ha podido establecerse con certeza si algunos de los textos firmados por Valentín Voloshinov y Pavel Medvedev son en realidad autoría de Mijail Bajtin. Una serie de indicios y la propia negativa de Bajtin a firmarlos como propios al final de su vida parecen indicar que esos escritos fueron concebidos por esos miembros del círculo Bajtin. Sin embargo, Elsa Drucaroff (1996) realiza una interesante lectura de esta negativa, aseverando que “esta actitud no asegura que no escribió los libros, más bien demuestra que la propiedad intelectual no fue una preocupación bajtiniana; o mejor: que sí fue una preocupación bajtiniana contribuir a diluir esos límites” (Drucaroff: Op. Cit., 24). La teórica argentina basa esta hipótesis en el espíritu profundamente colectivo que caracterizaba las reuniones del célebre grupo, en las cuales las ideas de unos influían y nutrían las de los otros.

Los valiosísimos escritos de Mijail Bajtin se encuentran en concordancia con este espíritu colectivo en los puntos centrales de su aporte teórico: el concepto puntual de *dialogismo* (que basa su importancia en el intercambio comunicativo), lo primordial del análisis del habla (y no del sistema abstracto de la lengua como proponía Saussure) dado el carácter social de la práctica y la naturaleza siempre valorativa de las palabras, la presencia de voces múltiples en la idea de *polifonía*, etc.

Este espíritu colectivo, tanto del pensamiento bajtiniano como del grupo que lleva su nombre posee su punto de apoyo en la valoración de la ‘otredad’. Este artículo pretende eludir algunas obviedades y algunas consideraciones ya muy transitadas en las Ciencias Sociales tanto en lo referido a los aspectos más notorios de la obra bajtiniana cuanto en lo tocante a la figura del ‘Otro’. Nuestro interés se centra, a partir de una (nueva) relectura del libro *Estética de la creación verbal* (1998) en las reflexiones bajtinianas que funcionan como fundamentos de este concepto y que habitualmente pasan desapercibidos en los trabajos referidos al ‘otro’, a lo ‘otro’, en los que - por otra parte- se advierte esta figura como algo meramente externo a una ‘mismidad’.

Extraposición y excedente

La ‘otredad’ es frecuente en el discurso de las Ciencias Sociales como un dispositivo al cual se acude para abordar variadas problemáticas: conflictos de identidades, problemas de seguridad urbana o procedimientos de la literatura fantástica.

¹ Programa de Semiótica, Maestría en Semiótica Discursiva, Facultad de Humanidades y Ciencias Sociales, UNaM (Argentina). E-mail: sergioquintana_13@yahoo.com.ar

Por lo general, se entiende esta categoría como parte de un concepto binario de opuestos e irreductible a uno sólo de los términos: otredad-mismidad; lo propio-lo ajeno, así como sus variantes y formas similares: lo nativo-lo extranjero, lo conocido-lo extraño, lo que está fuera-lo que está adentro, el centro-la periferia, etc.

La idea de 'el otro' es el fundamento de la teoría bajtiniana del diálogo. Sin la noción de 'otro', lo dialógico no hubiese sido posible. Sin embargo no estamos diciendo nada nuevo; nuestra lectura se propone hacer otros comentarios con respecto al pensamiento de Mijail Bajtin, como se verá a continuación.

En *La estética de la creación verbal* hallamos una insistencia que roza lo obsesivo en el tratamiento del otro: largos párrafos, en diferentes artículos, se dedican a esta figura, a veces con la intensidad de una alabanza. Citemos unas cuantas líneas:

Yo no puedo vivir sin el otro, no puedo llegar a ser yo mismo sin el otro; he de encontrarme en el otro, el encontrar en mí al otro (en el reflejo mutuo, en la mutua aceptación). La justificación no puede ser autojustificación, la revelación no puede ser autorrevelación. Yo recibo mi nombre del otro, y este nombre existe para otros (el ponerse uno mismo un nombre denota usurpación). Tampoco es posible el amor hacia uno mismo. ("Para una reelaboración del libro sobre Dostoievski"; p.328)

El yo se esconde en el otro y en los otros, quiere ser únicamente otro para otros, entrar hasta el fin en el mundo de los otros como otros, desembarazarse del peso del único yo en el mundo. ("De los apuntes" 1.970-1.971: p.369)

Sólo en Dios o en el mundo es posible para mí la alegría. O sea, sólo allí donde yo me inicio justificadamente en el ser a través del otro y para el otro, donde yo soy pasivo y acepto el don. Es mi otredad la que se alegra por mí, pero no yo para mí (...) Yo sólo puedo reflejar la alegría de ser afirmado de los otros. La sonrisa del ser es una sonrisa *reflejada*, no es la sonrisa de uno... ("El héroe como totalidad del sentido": p.122. Cursivas del autor).

Para Bajtin el otro se configura en nosotros con la primera relación filial: la madre; ella es la primer 'otredad':

...el niño oye y empieza a reconocer su *nombre* y el de los elementos referidos a su cuerpo y a sus vivencias y estados internos; las primeras y las más autorizadas palabras acerca de su persona, que la definen por primera vez desde el exterior, que se encuentran con su propia sensación interna todavía oscura, dándole forma y nombre en los cuales empieza por primera vez a comprender y a encontrarse a sí mismo como algo, son palabras de una persona que lo ama (...) El niño empieza a verse por primera vez mediante la mirada de la madre y empieza asimismo a hablar de

sí empleando los tonos emocionales y volitivos de ella, acariciándose con su primera expresión propia...” (“Forma espacial del personaje”: p. 51. Cursivas del autor)

Podríamos llenar muchas páginas solamente con citas de este libro que hacen referencia al ‘otro’. Nos limitaremos, por lo pronto, a éstas que hemos elegido aquí para mostrar el interés del autor por esta figura, esencial en su teoría del diálogo. Ahora bien, ¿por qué Bajtin otorga tanta importancia al otro, a lo largo de todo el libro y a lo ancho de su propuesta teórica?

Hay al menos dos características de la alteridad que fundamentan la postura de Bajtin. Son dos términos que habitualmente no se mencionan cuando hablamos del otro y del dialogismo, pero que justifican su valor y su riqueza como concepto teórico, y lo ubican en un lugar de verdadero intercambio discursivo y no simplemente como aquel que está fuera, que es marginal con respecto a determinados límites socio-semióticos. Estas nociones son: *extraposición* y *excedente*.

Para Bajtin, el otro es necesario porque se ubica por fuera nuestra subjetividad (*extraposición*), ocupa una posición complementaria con respecto a nosotros, y esa capacidad de “completarnos” (*concluirnos*, como veremos luego) desde afuera es lo que posibilita el diálogo, porque desde ese lugar ‘extra’ el otro posee conocimientos sobre nosotros a los cuales nosotros mismos no tenemos acceso inmediato, lo que nos lleva a la segunda noción: el otro tiene un *excedente* de conocimiento con respecto a nuestra subjetividad, sabe más que nosotros, nos percibe desde nuestro exterior. El otro, al ocupar una posición externa, puede objetivarnos valorativamente, mientras a nosotros nos resulta imposible ser objeto de nuestra conciencia como individuos sin cosificarnos; el otro sabe más que yo de lo que me rodea, porque está fuera y puede conocer lo que me es inaccesible. Y por supuesto, estas características son intercambiables: yo puedo ver desde fuera al otro (tengo una posición extra) y por lo tanto, sé más que él.

Por otra parte, yo sí soy conocedor de mi interioridad, pero no tengo acceso a la del otro: sólo la podemos percibir por signos exteriores, pero no podemos experimentar las vivencias del otro; para Bajtin no se trata de la sumatoria de dos o más personas, sino del intercambio productivo de dos o más conciencias que se valoran mutuamente.

Bajtin explica, mediante un curioso ejemplo, por qué ni siquiera mediante un espejo podemos tener acceso a lo que sólo el otro conoce:

Un caso muy especial de la visión de uno mismo representa verse en el espejo. Por lo que parece, en este caso, nos estamos viendo directamente. Sin embargo, no es así; permanecemos dentro de nosotros mismos y vemos tan sólo un reflejo nuestro que no puede ser un momento directo de nuestra visión y vivencia del mundo: vemos un reflejo de nuestra apariencia, pero no a nosotros mismos en medio de esta apariencia, el aspecto exterior no me abraza a mí en mi totalidad; yo estoy frente al espejo pero no dentro de él; el espejo sólo puede ofrecer un material para la objetivación propia, y ni siquiera en su forma pura. Efectivamente, nuestra postura frente al espejo siempre es un poco falsa: puesto que no poseemos un enfoque de nosotros mismos desde el

exterior, en este caso también hemos de vivenciar a otro, indefinido y posible, con la ayuda del cual tratamos de encontrar una posición valorativa con respecto a nosotros mismos, otra vez intentamos vivificar y formar nuestra persona a partir del otro; de ahí que se dé esa expresión especial y poco natural que solemos ver en el espejo y que jamás tenemos en la realidad (...) porque nuestra propia actitud hacia la apariencia no tiene un carácter directamente estético sino que se refiere a la posible acción sobre otros que son observadores inmediatos, es decir, no nos apreciamos para nosotros mismos, sino para otros a través de otros. (...) En todo caso, allí [en el espejo] no se refleja un alma única, sino que en el acontecimiento de la contemplación propia se inmiscuye un segundo participante (...) un enfado, una irritación, a los que se añade nuestro disgusto por la apariencia propia, concretizan a este otro que es un posible autor de nuestra apariencia... ("Forma espacial del personaje": pp.36-37)

En otra parte del libro (*El problema de los géneros discursivos*, pp. 259-293), el pensador ruso opina que las preguntas retóricas y los enunciados de apariencia monológica poseen de fondo el mecanismo del diálogo. En ese artículo, sin dudas uno de los más ricos de su producción teórica, la alteridad es el fundamento del concepto de 'enunciado' en tanto unidad de intercambio comunicativo; es el punto de partida de la crítica que realiza a los lingüistas -principalmente a De Saussure- al tratar la comunicación humana. A Bajtin le preocupa el hecho de que se haya dejado afuera el rol del otro cuando se trata de describir la comunicación: *Si el papel del otro ha sido tomado en cuenta ha sido únicamente en función de ser un oyente pasivo a quien se le asigna el papel de comprender al hablante* (p.256). El concepto de enunciado como unidad de la comunicación discursiva se plantea a partir de esta concepción del otro. Una palabra o un conjunto de ellas se convierten en un enunciado conclusivo cuando cede el espacio al otro, cuando abre la posibilidad de respuesta del otro. El enunciado es ya una respuesta y busca las contestaciones de los otros. De manera casi dramática, asevera Bajtin: *Para la palabra (y por consiguiente, para el hombre) no existe nada peor que la ausencia de respuesta*. ("Ensayo de análisis filosófico", p. 319). La ausencia de respuesta es dramática porque indica la ausencia de los otros. Por ello las fronteras del enunciado propio son justamente donde empiezan las del ajeno: cedo al otro la palabra y permito (y exijo) la respuesta del otro.

En este sentido, el otro no es simplemente el que está afuera (de mí, de mi mundo social, etc.) y que solamente posee una potencialidad semántica, sino que es aquel a quien valoro de alguna manera, a quien concluyo, y me da alguna conclusividad, cuando menos provisoria.

Otra noción crucial en el pensamiento bajtiniano es el de la *conclusividad*. Primordialmente, Bajtin utiliza esta idea en dos aspectos: 1) conclusividad como necesidad estética en la composición de personajes y 2) como una de las fronteras que determina que una palabra u oración tengan carácter de enunciado. Sin embargo, advertimos que el concepto de *conclusividad* es mucho más amplio. Para Bajtin, el aspecto conclusivo de un enunciado se vincula a un acabamiento del sentido, el cual está determinado por la voluntad del sujeto discursivo que elabora el enunciado y por las formas genéricas y convencionales de cierre que dan la pauta a los

otros del fin de ese enunciado. Como se sabe, no hay que tomar aquí la idea de conclusión, cierre o acabamiento como sinónimo de agotamiento definitivo. Para Bajtin la palabra es productiva, no se pueden agotar sus posibilidades de significación, sino que la conclusividad está dada por la voluntad del sujeto discursivo de proveer a sus palabras determinados sentidos, según la situación discursiva en que se hallen él y los otros.

Por otra parte, Bajtin hace referencia a la conclusividad del otro. Su preocupación en “Autor y personaje en la actividad estética”, es la conclusividad literaria de los personajes, por lo tanto limita su análisis a este marco; sin embargo, deja abierto un panorama amplio al utilizar como ilustración eventos de la vida cotidiana (como el ya citado ejemplo de verse al espejo). Así, podemos interpretar la conclusividad como una forma de valoración del otro, de comprenderlo, de completarlo y de ser valorados y completados nosotros por el o los otros. Aquí también hay que destacar la imposibilidad de agotar el sentido de la vida, tanto del otro como la mía propia:

Es imposible que uno viva sabiéndose concluido a sí mismo y al acontecimiento; para vivir es necesario ser inconcluso, abierto a sus posibilidades (al menos así es en todos los instantes esenciales de la vida); valorativamente hay que ir adelante de sí mismo y no coincidir con lo que dispone uno realmente. (*Autor y personaje en la actividad estética*, p.20)

Este punto es tan sutil como interesante: yo poseo un *quantum* de conocimiento excedente con respecto al otro, pero yo no puedo conocer su interioridad, porque no puedo vivenciarla -lo cual, para Bajtin, sólo es posible a nivel patológico (Cfr.: Op. Cit., p.31)- ni el otro tiene acceso a la vivencia de mi vida interior. Es decir, por un lado contamos con un excedente, pero por otro experimentamos un déficit. Es esta carencia la que nos impide agotar el sentido de la vida, tanto la propia como la ajena. Bajtin insiste en que ni siquiera con la muerte es posible agotar el sentido de la vida de una persona. Esta relación de excedente-déficit es la que nos mantiene vinculados a los otros, dramáticamente. La conclusividad del otro sólo puede darse en los planos ético, estético o cognoscitivo. Esto significa que sólo podemos atribuir al otro **momentos de sentido**; es decir, no podemos definirlo de una vez y para siempre, sino solamente en algunos aspectos y en relación a las prácticas discursivas y comunicativas que nos vinculen al otro, y siempre desde nuestra posición como individuos externos. Así, consideraremos al otro no como una totalidad cerrada sino según el rol enunciativo que asuma en cada praxis. Asumiremos una determinada actitud valorativa con respecto al otro y según la postura que éste adopte, según su intencionalidad discursiva. Es decir, podemos decir, parafraseando a Peirce, que el hombre es un enunciado, y lo es siempre para otro.

REFERENCIAS

BAJTÍN, M. M. *Estética de la creación verbal*. 8. ed. México D.F.: Siglo XXI Editores, 1.998

DRUCAROFF, Elsa. *Mijail Bajtin. La guerra de las culturas*. Buenos Aires: Editorial Almagesto, 1.996